

**“La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn 14,27)**

Querida Familia:

En la noche de su Pasión, Jesús nos dirigió estas palabras profundamente consoladoras durante la Cena en la que comenzaba su Sacrificio de Amor por la humanidad. El ambiente de miedo y oscuridad rodea a los discípulos, pero el Amigo sale al paso dando aliento: *“la paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da”* (Jn 14,27).

Desde que comenzó la crisis sanitaria de la Covid-19, en nuestra Casa hemos rezado por el fin de la pandemia “y de todas las pandemias”, despertando y haciéndonos conscientes que el momento de la historia que vivimos es singular, sin precedentes, donde el Espíritu Santo grita con fuerza en el corazón de los hijos llamándonos a la conversión. Muchas veces hemos recordado las palabras de Nuestra Madre en Fátima, donde anunció las diferentes situaciones dramáticas que la sociedad del siglo XX y XXI podía sufrir si no ponemos a Dios en el centro de todo. Pues bien, con la llegada del santo tiempo de Cuaresma **es la hora de dejarnos hacer sinceramente** por el Espíritu del Resucitado, para ser renovados de verdad y que hoy, la Familia de la Iglesia, Santa Eugenia, seamos luz y sal de Cristo, ardiente y con sabor, para los demás.

Como nos enseña el Santo Padre Francisco, *“no estamos viviendo simplemente una época de cambios sino un cambio de época”* (Discurso del Santo Padre Francisco a la Curia Romana. 21 de diciembre del 2019). ¿A qué cambios se refiere? ¿Qué cambios esperamos?

Responder a esta pregunta es muy importante para saber hacia dónde vamos y no caer en la tentación de esperar cambios que degraden todavía más la dignidad del ser humano, disfrazados siempre con apariencia de bien y progreso, cuando finalmente el resultado es la desesperanza, la soledad, la pobreza, la guerra, en la dictadura ideológica de los poderosos y el descarte de los más débiles, niños y ancianos, siendo Dios el primer descartado.

¿Es progreso lo que hace de la sociedad un conjunto de seres aislados y enfrentados? ¿Es progreso el derecho a decidir sobre la vida de los demás? ¿Es progreso lo que lleva al ser humano a reducirle a ser “cosa” que se puede utilizar en vez de ensalzarle como persona? ¿Es progreso la destrucción de la familia a cambio de... nada? Para los creyentes **el único progreso verdadero es el que construye y fortalece la dignidad sagrada de la persona, unidos como sociedad de hijos de Dios y por tanto hermanos**. Sin el Señor en el centro, es un espejismo la reconstrucción de la fraternidad universal, porque para ser hermanos necesitamos reconocer un mismo origen, y un origen de amor, de un Dios que es Padre y Madre. Fuera de esto la paz es un mero “titular bonito” carente de contenido.

**La Iglesia.** No podemos tampoco dejar a un lado la situación presente que vivimos la Familia de la Iglesia. Los escándalos, las divisiones y lo que el Papa expresa repetidas veces como la “mundanización de los cristianos” fragmentan la unidad del Cuerpo de Cristo y el valor del testimonio de la Fe. Parroquias desiertas, sin jóvenes ni familias, la ausencia de vocaciones sacerdotales, religiosas y matrimoniales. Mientras tanto, el **Espíritu de Dios nos espera** deseoso de regalar sus dones y carismas para curar, rejuvenecer y enviar a su Iglesia. **Es Él quien lo hace. ¿Lo creemos de verdad?** Somos Familia, no empresa; somos de Cristo, no del mundo. Nuestros criterios son los del Evangelio y la enseñanza apostólica que acompaña desde Pentecostés hasta nuestros días; miremos primero al Corazón de Cristo para hablar al corazón del hombre. Por todo ello hacemos nuestras las palabras *“creo, Señor, pero aumenta mi Fe”* (Mc 9,24).

Las aportaciones del Consejo Pastoral para esta Cuaresma son luminosas e insisten en la necesidad de reconciliación, sanación, volver a nuestras raíces y ofrecer la alegría y la esperanza de Cristo que nace de cristianos renovados por el Espíritu Santo. Por ello, como en la Última Cena, en todo este ambiente que nos rodea, las palabras de Jesús resuenan especialmente: **LA PAZ OS DEJO, MI PAZ OS DOY; NO COMO EL MUNDO LA DA.**

La paz de Jesús, explica San Pablo, nace del **Misterio de la Cruz**: *“reconciliando consigo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz”* (Col 1,20).

A eso nos lleva el Espíritu Santo, a mirar de frente la Cruz de Cristo y las cruces de la propia vida y la de nuestros hermanos; **mirar de frente** y no esquivarlas o disfrazarlas, llamando a cada una por su nombre.

Es entonces cuando estaremos preparados para recibir de verdad el abrazo de Cristo y la conversión que nos conduce a la paz. Este es el camino que nos muestra el Espíritu de Dios:

**-PENITENCIA:** dispuestos a que Dios **“quebrante nuestro corazón”** para darnos un corazón nuevo, porque *“un corazón quebrantado y humillado Tú no lo desprecias”* (Ps 50,17). La conversión auténtica es la que nos hace vivir que **“sólo Dios es Dios y nosotros hijos en sus brazos”**. Estamos en el tiempo para que, como vasijas de barro, Jesús nos rehaga, aceptando las dificultades como la oportunidad para este cambio profundo y radical.

Para distinguir lo que es pecado, hay que mirar hacia dentro, lo que Dios como Creador ha escrito en el corazón de sus hijos, enseñándonos el camino de una vida plena. Si nuestra petición de perdón es según lo que a cada uno le parece, y no lo que Dios dice, la conversión es imposible. **Ante el Padre que nos ama infinitamente nos confiamos y decimos sinceramente PERDÓN, PERDÓN, PERDÓN...** Su Amor siempre libera y pacifica la conciencia y el corazón.

-Del corazón quebrantado nace la necesidad de la **ORACIÓN**. Rezar expresa el cambio verdadero, cuando realmente contamos con Dios en nuestra vida y nos abandonamos a su Amor, sabiendo que sólo Él puede hacer nuevas todas las cosas. Dejemos los entretenimientos que desorientan de lo fundamental para buscar el diálogo con Dios en el interior, la oración comunitaria, y especialmente la **Adoración Eucarística y el Rosario rezado con el corazón**, a los que ha sido confiada la paz en el mundo, como nos recuerda el mensaje de la Madre en Fátima.

-El **AYUNO**. La práctica de ayunar de alimentos, o la abstinencia de carne, es un camino enseñado por el Espíritu desde el Antiguo Testamento, para sanar el alma de toda toxicidad y con un poder único para lograr de Dios grandes milagros. **Ayunar es un regalo**. Junto a esto, piensa de qué puedes también ayunar: **¿dónde tienes puesto el corazón?** y te quita tiempo, te crea ansiedad, te deja sin ánimo... Ofrecélo como sacrificio agradable unido a Jesús por la paz en el mundo y la conversión a Cristo. O sencillamente, pide al Espíritu vivir tus cruces de cada día con amor para ser ofrenda con Jesús crucificado por la salvación de todos.

Se nos ha pegado mucha mundanidad que nos engaña para hacernos creer que es necesario lo que no lo es. Explícitamente, el materialismo nos promete una felicidad aquí en la tierra a base de “tener” mientras que el Espíritu nos da la esperanza del cielo, comenzando en nuestro tiempo, desde el SER más que TENER. El amor a las cosas nos convierte en cosas... el amor a las personas nos hace hijos y hermanos. Tomemos en serio el ayuno que agrada a Dios para estrenar un corazón nuevo y libre.

-La **LIMOSNA**. La verdadera limosna que brota del interior es el triunfo del Amor de Dios frente a todo “ego” que nos esclaviza.

La mentalidad del mundo ha deformado la auténtica naturaleza del amor, que es gratuidad y entrega sin condiciones. El amor no engaña, no miente, no “dice para después no hacer”, el amor es fiel y no pasa nunca, no utiliza a nadie, es casto, elige el bien del otro antes que su propio bienestar, o mejor, se goza en el bien del otro; el **amor sabe arrodillarse**.

Así nos lo enseña Jesús en el lavatorio de los pies de la Última Cena. Resulta escandaloso: *“¿arrodillarme ante los demás?”*. Es una paradoja, pero cuanto más aprendemos a servir y ofrecemos de corazón a corazón, más experimentaremos la libertad y el gozo del Espíritu. **El camino a la paz comienza de rodillas, ante Dios, y después como arrodillados ante los hermanos**. Es lo que hizo Jesús; es el camino para la paz. ¡Fuera el EGO! ... Desde el Amor gratuito del Señor rompamos con una mentalidad que comercia con el amor de las personas para vivir *“dando gratis lo que hemos recibido gratis”* (Mt 10,8).

Querida Familia: en este momento fuerte que nos toca vivir, invocamos a la Reina de la paz y la intercesión de San José, a los que hemos consagrado nuestra comunidad parroquial de Santa Eugenia, atentos a los signos de los tiempos y como verdaderos adoradores de Dios y servidores de los demás. Instrumentos y constructores de paz desde la Cruz de Cristo, por Él, con Él y en Él.

Recordando las palabras de María en Fátima entramos en la Cuaresma: ***“al final mi Corazón Inmaculado triunfará”*** (María en Fátima. Julio 1917)

Junto a Benedict y Ángel os bendigo de corazón:

Rubén Inocencio González. Párroco.